

Córdoba á Sevilla M. Lionnet, de quien la ha obtenido para aquella Universidad el celoso catedrático de historia natural de la misma D. José Machado. Al *E. armeniacus* declararon que corresponde tambien un molar que el Sr. Aranzazu ha recogido y se habia hallado en Monasterio, provincia de Búrgos, al abrir el camino de hierro que va á Bayona (1).

De manera que, hasta ahora por lo menos, va resultando que el *E. primigenius* falta en España, lo mismo que el *Rhinoceros thicorhinus*, siendo tan comun en el resto de Europa desde los Pirineos hasta la Siberia, y aun al estrecho de Bering y á la América del Norte, y lo mismo sucede con el *Cervus tarandus* (el Reno) tan comun en las cavernas, á lo menos mas allá de los Pirineos. Como á pesar de todo, nuestro país apenas comenzó á ser explorado, no se sabe lo que al fin podrá resultar. En la época anterior los Elefantes eran abundantísimos en la Europa, tanto que en un terreno actualmente sumergido por las aguas del mar en la costa de Norfolk los pescadores sacan tan considerable número de molares correspondientes á los mismos, que se calcula pudieron pertenecer á mas de 500 individuos. El Sr. Maestre trajo un molar de Elefante cogido con calamina en la provincia de Santander. En punta Europa en Gibraltar, apareció no hace mucho otro cubierto de serpulas, que se hallaba en el museo de aquella ciudad, del cual ha sido sustraído sin saber cómo. Buckland habla de una defensa y otros restos encontrados en Tarifa, que no se sabe dónde fueron á parar. Así es como van desapareciendo para la ciencia gran número de objetos. Hombres hay que los buscan y los compran á gran precio; y en muchos casos los roban tambien si es preciso, para encerrarlos donde nadie los ve y donde muchas veces acaban por servir de juguete á los niños.

El número de las especies fósiles de Elefante tiende á aumentarse de dia en dia. Este es un hecho sumamente notable, si se considera que en la fauna actual no existe mas que una en Asia y otra en Africa, y ninguna en Europa ni en América. Conocida la ley de la distribución de los mamíferos en la superficie de los continentes, sobre todo por lo que respecta á su tamaño, pudiera presumirse, como observa Mr. D'Archiac, que estos abarcasen entonces una extension mayor que ahora, y que el mar se hallase reducido á limites mas estrechos, á no ser que la energía de las fuerzas vitales hubiese venido á menos respecto de los mamíferos de gran tamaño.

Cervus elaphus, L.

Creo poder referir á esta especie la porcion de mandíbula inferior con tres molares representada en la figura 12. La hallé en San Isidro en las mismas capas donde salieron los restos de Elefantes. Aunque corresponde tambien á la fauna actual, es bastante comun en los depósitos del diluvium y en los de las cavernas, aun en los mas antiguos, notándose que falta donde abunda el Reno, y esto porque en el estado salvaje, segun observan MM. Lartet, Alph. Milne Edwards y otros naturalistas, existe entre ciertas especies muy cercanas una marcada antipatía, como lo manifiesta el que no habitan las mismas localidades.

(1) El ojo escrutador del Dr. Falconer ha reconocido en un fragmento que yo habia recogido en el terreno terciario de Madrid un resto de una especie acaso nueva de tortuga terrestre, que debia de tener 16 pies de largo. Clasificado como de un Mastodonte por D. Joaquin Ezquerro, reconoció igualmente en la Escuela de minas un astrágalo correspondiente al *Sivatherium*, el mayor de los rumiantes, género nuevo y extraordinario que habia hallado en la India en compañía de M. Cautley, y que hasta ahora no habia aparecido en ninguna otra parte. Su tamaño se hallaba con el del *E. primigenius* en la relacion de 13 á 14. Fué cogido en el terreno mioceno de la cuenca del Duero.



Bos.

En la figura 13 se representa una muela superior. En la forma y el tamaño se parece mucho á la del buey ordinario; pero acaso corresponda al *Bos primigenius*. Se halló en la base del guijo. En el Museo de historia natural de esta córte hay una porcion de mandíbula inferior, perteneciente de seguro á esta especie, como procedente de aquel mismo punto.

Equus, figuras 14 y 15.

Son dos molares, uno superior y otro inferior, que salieron en el gredon como los restos de Elefante; y aunque en puntos algo distantes, sin duda corresponden á una misma especie. M. Bayle, profesor de paleontología en la escuela de minas de París, á quien comuniqué el primero, á tiempo en que acababa de recibir otros iguales de Constantina (Argelia) que se habian hallado bajo un manto de travertino y en union con otros restos de Hipopótamo, Antilope y Buey, manifiesta (*Bull. soc. geol. de France*, 20 mars, 1854) que podia referirse á la misma especie que la de este último punto, aunque declarando que, «todas las especies fósiles del género Caballo debian ser objeto de un nuevo estudio comparativo, cuyo resultado sería probablemente el hallar caracteres seguros, á favor de los cuales se llegasen á reconocer las especies cuyos huesos se encuentran con tanta frecuencia en los terrenos diluvianos y los turbales, y que se ven casi siempre confundidos con el nombre de *Aquus fossilis*».

El Hombre.

Sus restos no se hallaron en el diluvium de Madrid, pero si obras trabajadas por sus manos.

Causas de la escasez de estos restos.

Hace mas de cinco años, esto es, antes del de 1859, el Hombre no se hallaba admitido que perteneciese al dominio de la paleontología. Sería cerrar los ojos á la evidencia si en la actualidad se pensase del mismo modo. Entre los fósiles que se encuentran en el diluvium de Madrid, cuéntanse tambien los que se refieren á nuestra especie. Verdad es que no corresponden á ninguna parte de su esqueleto, como se vió en otras localidades, pero son obras manifiestamente trabajadas por sus manos, que para el caso viene á ser lo mismo. Nada tiene de particular que los huesos humanos sean tan escasos en este terreno, puesto que aun hoy dia, y en los países mas poblados, no se les ve por todas partes. Y no se diga que en esto influye la religion, pues la misma causa pudo existir siempre. En los grandes montones de huesos, conchas, espinas de pescados y otros restos que se observan en Dinamarca, llamados *Kjökkenmöddins*, y en los sitios que ocuparon los Pfahlbauten ó habitaciones lacustres de la Suiza, unos y otros correspondientes á los primeros tiempos de la época actual, los huesos del Hombre son tambien en extremo raros, lo mismo que en los *túmuli* de la América del Norte y otros monumentos antiguos.

Segun observa Sir Ch. Lyell en su reciente obra sobre la Antigüedad del Hombre, Schmerling, que halló multitud de huesos de animales extinguidos y hachas de sílex en 42 cavernas de la Bélgica, no vió huesos humanos sino en tres ó cuatro. El infatigable M. Boucher de Perthes hizo la misma observacion en los turbales, en los cuales, si pudo examinar muchos miles de huesos correspondientes á otros animales, fueron poquísimos los que encontró de nuestra especie. Y el mismo autor dice tambien en varios parajes de sus obras que,

sobre todo en tiempos todavía mas antiguos, sus individuos no podian haberse multiplicado mucho; que los carnívoros, mas comunes y mas fuertes que ahora, no dejarían intacto ningún resto de que pudiesen alimentarse; que en las convulsiones de la naturaleza (como las inundaciones, los terremotos, &c.) los hombres son los que pueden sustraerse mejor al peligro que pueda correr su vida, pues el torrente devastador que arrebatara los rebaños de un valle no siempre alcanza igualmente á los pastores; y en fin, que pudo influir tambien en esto el uso antiguo de quemar los cadáveres.

Los naturalistas que se dedicaron á reconocer el fondo del mar, nunca han levantado con la draga ningún hueso humano. Ni aun en el gran lago de Harlem, desaguado para restituirle al cultivo en los últimos años, y que cogía 18,000 hectáreas de superficie, á pesar del afán con que los geólogos holandeses los buscaron en los depósitos que durante tres siglos se habian formado en su fondo, ninguno llegó á descubrirse tampoco, aunque allí no habian dejado de suceder bastantes naufragios, y aun combates navales, además de que en sus riveras vivía una población de 30 ó 40,000 almas.

De la ausencia ó extremada escasez de los huesos humanos en la masa de los terrenos, y de la incertidumbre que ofrecían los hallados en las cavernas respecto de los tiempos á que podían corresponder, antes que M. Lartet estableciese para esto las reglas convenientes, resultó que no fueron los geólogos, sino los arqueólogos, los primeros que creyeron en la contemporaneidad del Hombre y de las especies extinguidas de varios animales. John Frère desde el año de 1800, á quien entonces no se dió crédito, y sobre todo M. Boucher de Perthes desde 1836, á quien tampoco se creyó hasta de allí á 23 años.

Se ha dicho que en esto seguía influyendo la opinion de Cuvier, pero yo no lo creo así. El gran naturalista tampoco admitía la existencia de ningún cuadrúmano en la época terciaria, y sin embargo nadie puso luego en duda que se habia equivocado. La causa principal que en esto mediaba nacía de lo arraigada que se hallaba la creencia de que nuestra especie era de creación muy reciente, en lo cual podía tener tambien alguna parte la religion, aunque verdaderamente sin motivo, que no nos hallamos en los tiempos de Galileo (1). Hay errores tan fuertemente arraigados, que necesitan siglos para ser destruidos. Así sucedió con otro gran principio, el del movimiento de la tierra, que no se vió triunfante hasta despues de mucho tiempo, y mediando al fin una controversia empeñadísima.

Para admitir que el Hombre era mas antiguo de lo que se creía debían haber bastado los hechos descubiertos por Frère, M. Boué, Marcel de Serres, MM. Tournal, de Christol, Dumas, Schmerling y otros, y últimamente por Boucher de Perthes. Algunos geólogos y naturalistas parece que al fin habian cambiado de opinion, como Humboldt, Omalius d'Halloi, Alex. Brogniart, Isidore Geoffroi Saint Hilaire, Hebert y algun otro, pero no, por lo que parece, con una gran resolución, con un convencimiento profundo, para que se creyesen en el caso de poder salir al palenque y reconocerlo así en alta voz. De este modo no podía permanecer por mas tiempo una cuestion de tanto interés; pero para esto se necesitaba un hombre que no se contentase con crearla resuelta, sino que además se valiese de todos los medios

Causas de la oposición que se manifestaba á reconocer que el Hombre fuese de origen anterior á la época actual.

(1) En una nota puesta al folleto que M. Boucher de Perthes publicó en 1860, titulado *De l'Homme antédiluvien et de ses œuvres*, el editor del mismo dice lo siguiente: «En la *Science pour tous* y en su memoria *L'Homme fossile*, dedicada al sabio obispo de Tulle, M. Leopold Giraud, como asimismo el Dr. Halleguen en los *Annales de la Philosophie chrétienne* de M. Bonnetti, prueban de la manera mas concluyente que los descubrimientos geológicos de M. Boucher de Perthes pueden muy bien guardar la mayor armonía con nuestras creencias religiosas. *L'Univers* se habia declarado en el mismo sentido en sus números del 21 de Octubre y 16 de Noviembre de 1859.» Las personas mas rígidas en esta materia, y entre ellas el ilustre cardenal Wisseman, no dejan de hallarse conformes con estas ideas.

posibles para hacerlo creer á los demas. El sabio M. Boucher de Perthes fué el que se presentó en ese palenque, despues de haber recogido gran número de datos y de objetos á fuerza de incesantes trabajos y de muchos desembolsos. De palabra y por escrito no cesaba este nuevo apóstol de clamar que se le oyese. Pero la mayor parte de los geólogos se mantenian impasibles. En vano insistia y pedia que, si no se le creia, á lo menos se examinasen sus pruebas. Tanto hizo que fué preciso oirle, y al fin se le dió la razon. Los geólogos ingleses, á quienes la ciencia tanto debe, el Dr. Falconer el primero, y luego M. Preswith, fueron los que desde luego lo declararon así, y el triunfo de M. Boucher de Perthes fué completo. El Hombre existia ya sobre la tierra al mismo tiempo que el grande Oso y la Hiena de las cavernas, varias especies de Elefante y de Rinoceronte, y otros mamíferos que desaparecieron de la creacion antes de la época actual: muy pocos serán ya los geólogos, creo yo, que dejen de reconocer este hecho. Sus huesos son sumamente escasos sin duda, segun antes he dicho, pero no dejan de hallarse, sobre todo en las cavernas, y aun en sus depósitos mas profundos. Al propio tiempo se hallan en gran número piedras manifestamente trabajadas por sus manos; y aunque groseramente, no por eso dejan de revelar la accion de la inteligencia humana. Sabido es que antes de ahora se fabricaba una inmensidad de piedras de chispa cortadas á martillo, con tanta perfeccion á veces como pudiera hacerse con una navaja si fuesen tan blandas como la madera ú otra materia análoga. Pues bien, si despues de muchos siglos llegase á descubrirse un depósito de estas piedras y se ignorase el uso que habian tenido, ¿podiera nadie dudar, sin embargo, que habian salido así de las manos de los hombres? Preciso es reeocer lo mismo respecto de los sílex ó pedernales que se hallan en el diluvium y en las cavernas en forma de hachas ó cuñas, punzones, cuchillos, cabezas de lanza, puntas de flecha y otros útiles que se obtenian con golpes convenientemente aplicados por medio de otra piedra que hacia de martillo.

Monumentos que prueban su existencia en la provincia de Madrid en la época cuaternaria.

En 1850 he visto en el diluvium de San Isidro estos sílex, de que yo no tenia la menor idea, y lo que mas es, casi siempre en la division del guijo y debajo de las capas en que se hallaron los huesos de Elefante, pues rara vez se ven á un nivel superior. Sin embargo, no dejaron de fijar mi atencion al ver que ninguno se hallaba rodado, lo que al principio atribuí á que pudieran proceder de las arcillas terciarias infrayacentes, que no dejan de contener á veces algunos fragmentos sin rodar de este mineral. Sin embargo, su color en muchos de ellos era otro, y al fin quedé sin saber qué pensar de su origen, pues entre las rocas de la sierra no hay pedernal alguno. En cuanto á que nunca se hallasen rodados, sucede lo mismo con otros muchos cantos del diluvium que los acompañan, viéndose á veces un cristal de roca sin que haya perdido sus aristas al lado de otro que tomó la forma de un huevo ó de una bola, lo cual atribuí á que hubiesen sido arrastrados de puntos muy próximos. Entre los trabajadores que allí se ocupaban en la extraccion de la arena, arcilla y cantos se hallaba un anciano, á quien pregunté si sabia de dónde podian haber venido estos pedernales, y me contestó que lo ignoraba, que á veces salian bastantes, y que eran *la madre de la piedra*; dicho que me explicó diciendo que los tenian como anuncio de que hallarian mucha, esto es, muchos cantos de la division inferior del diluvium.

Extraño parecerá, y á mí mismo me lo parece tambien ahora, no reconociese desde luego que las formas de esas piedras no eran accidentales, y que no podian menos de haber sido producidas por la mano del Hombre. Pero sírvame de disculpa que á otros muchos les ha sucedido lo propio, segun confiesan ellos mismos; y si fijaron al fin la atencion de M. Boucher de Perthes fué por su gran número en algunos puntos, y por la frecuencia con que se presentaban bajo ciertas formas, lo que con mas claridad manifestaba una accion intencional. Mas extraño es que hasta hace siglo y medio no se haya reconocido tampoco que las hachas

llamadas célticas habian sido producidas por el arte. Anteriormente se creia que caian con el rayo.

En aquel año solo recogí dos sílex que llamaron mas mi atencion. El uno es el que representa la figura 87 en su tamaño natural y que pudo haber sido una cabeza de lanza ó

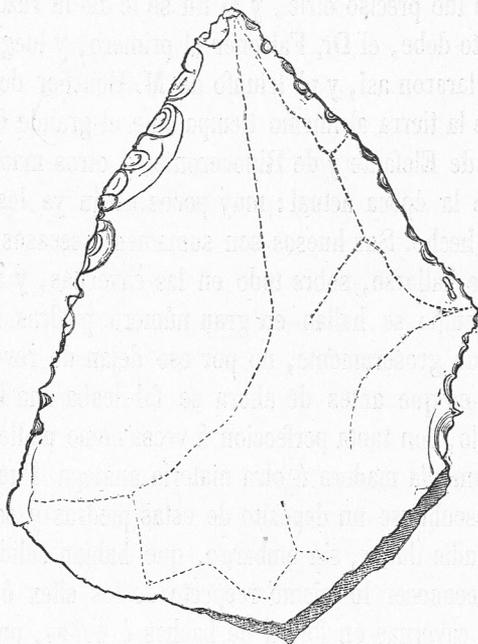


Figura 87.

un proyectil. Las líneas de puntos indican las aristas que se hallan en el lado opuesto, pues el que se ofrece á la vista no tiene ninguna, y su superficie es ligeramente arqueada y con alguna irregularidad, como se observa en esta roca. Para darle la forma lanceolada, se le regularizó bastante á pequeños golpes, que se reconocen bien de este lado, sobre todo á la izquierda. Segun se ve, esto no puede ser resultado de un accidente como los que produjeron la fracturacion de las piedras que se hallan sueltas sobre la superficie de los terrenos. Los golpes fueron dados todos por el lado opuesto, segun se reconoce por los huecos que dejaron las astillas desprendidas. Por lo mas grueso no tiene mas que 13 milímetros, y su color es gris claro un poco amarillento.

El representado en la figura 88, tambien en su tamaño natural, puede considerarse

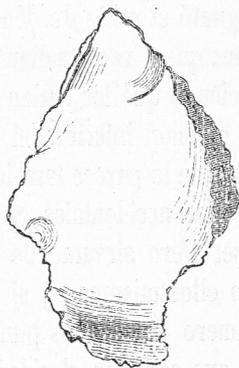


Figura 88.

como una punta de flecha. Por lo mas grueso tiene 10 milímetros, y su color es acaramelado claro.

Desde el año de 1850 no dejé de hacer algunas visitas de cuando en cuando á aquellos sitios, para ver si salia algun hueso de aquel diluvium ó del terreno terciario, y al mismo tiempo alguna piedra notable, como diamantes de San Isidro ú otras, teniendo yo advertido que se me separasen.

En la primavera de 1862 vino á Madrid mi amigo M. de Verneuil acompañado del naturalista M. Luis Lartet, hijo del célebre paleontologista, é hicimos una excursion á San Isidro, donde el primero habia estado ya conmigo, lo mismo que M. Collomb, en años anteriores, sin que á ninguno de los tres se nos ocurriese entonces ver si habia hachas de sílex, y esta vez apenas llegados al sitio de excavacion donde yo solia ir con mas frecuencia. M. de Verneuil fué el que se adelantó á preguntar á los trabajadores que allí se ocupaban, si no habia salido alguna piedra particular. El principal de ellos dijo que sí, y nos llevó á su choza á que viésemos las que tenia separadas, que no eran pocas. Una de ellas era un sílex de los que deseabamos hallar, y se le pagamos, tirando las demas. Mis compañeros le llevaron á Paris, y sobre él escribieron una nota que fué leida en la Sociedad geológica de Francia el 22 de Junio del año anterior de 1863, presentando además un dibujo, en que se figuraba en su tamaño natural (*Bull.* t. 20, p. 698 y lám. XI).

Yo he reproducido esta figura, que es la que sigue, en la mitad de su tamaño. El lado

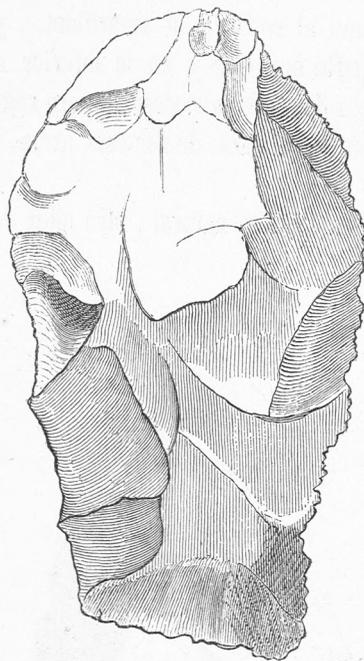


Figura 89.

opuesto ofrece una curvatura continua y ligera, que debió de haber resultado de un solo golpe, mientras que para obtener la forma del que se halla á la vista, no pudieron menos de aplicarse varios, de que resultaron otras tantas superficies parciales mas ó menos cóncavas. Su

borde superior es bastante cortante, y el mayor grueso de la piedra no pasa de 4 centímetros.

La figura 90 representa otro sílex del tipo en cabeza de lanza en la mitad de su tamaño.

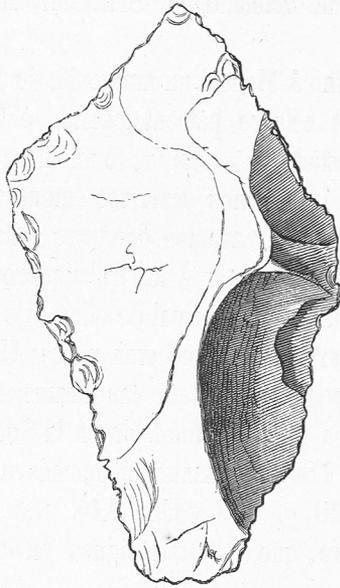


Figura 90.

Su color pasa del gris de humo al rojizo y al amarillento, y su grueso mayor es de 4 centímetros. Sus bordes en la parte superior y en la inferior de una izquierda, se hallan ligeramente festoneados por efecto del trabajo necesario para regularizar su forma. Los cortes no son muy agudos, pero no por eso dejaría de ser esta arma, bien sujeta en una estaca, de un grande efecto.

La figura 91 representa en su tamaño natural, otro sílex de color de canela y de poco

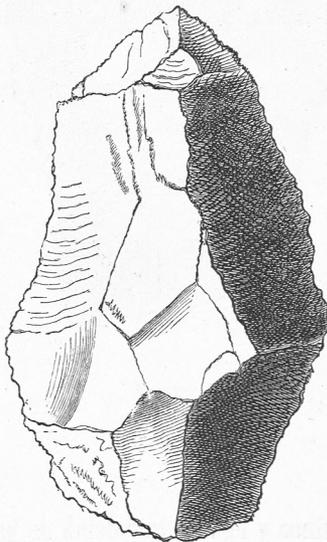


Figura 91.

menos grueso que ancho, que puede referirse al mismo tipo. Acaso fué mas largo para su mejor engaste, y por algun accidente perdió una parte de la base.

La figura 92 es la de otro sílex, un hacha del tipo ovalar, representada en la mitad de

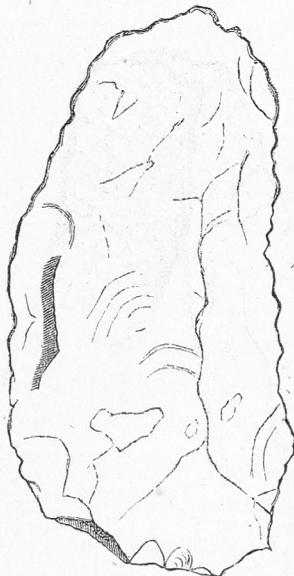


Figura 92.

su tamaño. Su color es el gris ahumado, y su grueso el de 35 milímetros. Todos sus bordes son cortantes, pero bastante obtusos y aun desgastados por el roce con otros cantos.

Otro igual en cuanto á la forma he recogido, representado en la figura 93: solo es un

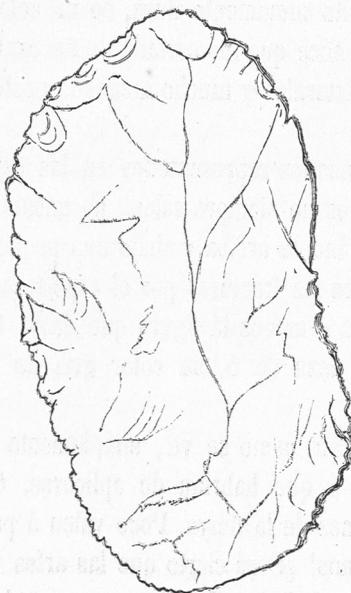


Figura 93.

poco mayor, y su color blanco gris, que es bastante comun en los pedernales del terreno terciario de esta provincia, aunque no tiene filo en uno de sus extremos.

Tambien con la mitad de su tamaño solamente se figura á continuacion otra hacha, que

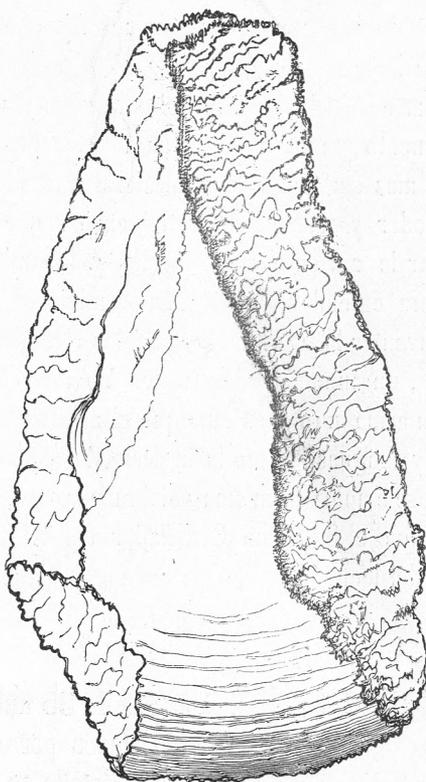


Figura 94.

no es de pedernal, sino de cuarcita sumamente dura, de un color gris claro y algo escamosa en la fractura. Desde luego se conoce que fué cortada de un canto rodado. La parte anterior es bastante cortante. No así las laterales y mucho menos la posterior. Su mayor grueso es el de 5 centímetros.

Todos estos ejemplares, menos los representados en las figuras 87, 88 y 89, fueron recogidos en el presente año, pues no siempre salen, lo mismo que otro que no se figura, porque no se halla completo, faltándole arriba y abajo una pequeña parte que perdió sin duda al tiempo de ser descubierto, pues las fracturas por el aspecto son recientes, aunque no por eso deja de conocerse poco mas ó menos la figura que debia tener. Su longitud es de 18 centímetros, su grueso de algo mas de 5, su color gris de humo con una pátina color de miel.

Reflexiones á que da lugar el hallazgo de estos primeros monumentos de la actividad humana.

Todos estos utensilios se hallan, como se ve, simplemente desbastados y sin otra mira que la de que llenasen el objeto á que habrian de aplicarse. Con esas mismas formas se presentan en otras muchas regiones de la tierra. Poco valen á primera vista; y sin embargo ¡cuánto interés no deben inspirarnos! ¿Será cierto que las artes y la industria hayan tenido principios tan humildes? ¿Por qué dudarlo? El primer paso está dado, y lo demas lo hará el tiempo. Sí, correrán los siglos y se fundirá el cobre y el bronce, se forjará el hierro y se

templará el acero. Correrán los siglos y habrá manos como las de Fidias, Miguel Angel, Rafael, Murillo, ó bien como las de Watt, Breguet, Brunner, que harán portentos, los primeros por la belleza incomparable de sus obras, y los segundos por su admirable estructura y precision. Correrán los siglos y se verán monumentos como los de Ellora, de Karnac, de Ménfis; como el Partenon, el Coliseo, la Alhambra, San Pedro de Roma, Westminster, el Louvre; y aparecerán ciudades ostentosas y deslumbradoras como Babilonia, Tebas, Roma, Lóndres, París.

Y aquí no puedo menos de hacer una observacion. Algunos casi quisieran culpar á la naturaleza de que el Hombre haya nacido desarmado. Esto, si bien se considera, es un error. ¿No le dió los brazos? La parte principal del brazo es la mano, conformada de manera que, no solo puede tomar el alimento y atender á otras necesidades de la vida, sino tambien apropiarse hasta las fuerzas mas ocultas de la naturaleza para el ataque y la defensa, y lo que mas es, dar mayor poder y realce á la inteligencia, que solo por el auxilio de las manos pudo el Hombre crear la agricultura, las artes y la industria, levantar ciudades y construir y armar navíos para extender tambien su dominio al mar inmenso; solo por el auxilio de las manos pudo inventar la escritura y dar á las ciencias, que sin ellas no hubieran salido nunca de su infancia, un inmenso desarrollo. Yo no creo que el hombre se haya creído nunca desarmado. Un arma nunca es mas que el auxiliar del brazo: este es siempre la parte principal; y aun hay lenguas, como la inglesa, la alemana y acaso la sanscrita, de que estas proceden, en que se emplea la misma palabra para nombrar una y otro, *arm.* ¿Qué hubiéramos conseguido con que el Supremo Ordenador del Universo nos hubiese dado las uñas del tigre ó las garras del leon?

BREVES REFLEXIONES SOBRE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

Y SU SUPREMACÍA ENTRE LOS DEMAS SERES.

Su antigüedad sería posible llegase al período superior de la época terciaria.

¿Cuándo y cómo lució la aurora de ese gran día que en los abismos del tiempo va corriendo para la existencia de la especie humana? De estas dos árduas cuestiones, algo se ha adelantado para la resolucion de la primera y algo he dicho ya, pero todavía creo no parecerá ocioso el que añada algunas observaciones. La historia procura fijar los días, los años, á lo menos los siglos en que los hechos pasaron. La geología no puede aspirar á tanto, y solo señala edades, períodos, épocas y el orden de su sucesion. Comenzaré por decir que es probable apareciese el Hombre ya en la época terciaria, á lo menos en el último período de la misma, segun algunos indicios descubiertos por M. Desnoyer inducen á creerlo, y como parece tratará de probar igualmente M. Mortillet en la *Historia del Hombre antes de los tiempos históricos*, en cuya publicacion se ocupa. Lo que desde luego puede asegurarse es que existia ya antes de la desaparicion del grande Oso de las cavernas y otros mamíferos.

Su grande antigüedad se deduce tambien de otro orden de consideraciones. Si nuestra infancia es tan larga y trabajosa, ¡cuánto no lo habrá sido igualmente la de la especie! ¡Cuántos siglos no habrán pasado desde su aparecimiento hasta que pudo llevar la civilizacion, no diré al estado que hoy presenta, pero sí al que ya ofrecia en los tiempos de Ménfis y de Ninive! ¡Cuántos siglos habrán pasado antes de la invencion de la escritura! ¡Cuántos despues para el gran descubrimiento del alfabeto, que hizo luego tan fácil, aunque no sin que mediasen miles de años, la tipografía, la estenografía y la telegrafía!

Para formarse una idea de la lentitud con que los hombres llegaban á realizar aun aquellos descubrimientos que, por su utilidad y sencillez, parece debieran de haberse efectuado desde luego, no hay mas que considerar, que en la larga série de siglos que comprende la época cuaternaria y parte de la actual, entre los monumentos de su existencia descubiertos hasta ahora, no se halló el menor indicio de escritura que merezca este nombre, y sí solamente representaciones de animales esculpidas ó gravadas en piedra, hueso, asta ó marfil, de que MM. Lartet y Christy publicaron algunas muestras, el presente año, en la revista arqueológica de París. Acaso los primeros ensayos de escritura comenzaron posteriormente de este modo, tomando por signos gráficos de las ideas la representacion de objetos materiales.

No se puede menos de admitir igualmente, que pasaron grandes períodos de tiempo sin que se efectuase el menor adelanto. Aun hoy dia hay hombres que viven como podian vivir los primitivos, y lo que mas es, sin que conozcan el uso del fuego: ¡del fuego; este otro grande elemento del poder de nuestra especie! A lo menos así lo vieron los españoles que abordaron por la vez primera á las islas Marianas. Y sin embargo, en la edad del *Ursus spelæus* se sabe á no dudarlo que era ya conocido, como lo demuestra el hallazgo de carbones y cenizas en ciertos depósitos con restos de dicho animal y de otros que dejaron de existir, lo cual manifiesta que la dispersion de nuestra especie por el orbe habia comenzado ya en tiempos anteriores al de ese gran descubrimiento. ¡Cuántos siglos no debieron de pasar para que las razas humanas se formasen, hecho originado hasta cierto punto por esa misma dispersion! Todo indica que la primitiva debió de haber desaparecido antes de la época actual, y las tres grandes razas que subsisten, en la permanencia de los caracteres que las distinguen manifiestan que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Diré tambien que la presencia del Hombre en las regiones mas apartadas, y hasta en las islas sembradas por los vastos yermos del mar, indica que fué testigo de las últimas revoluciones del globo, por resultado de las cuales aparecieron con otras formas y en parte desmembrados los continentes.

Entrando ahora á tratar de la segunda cuestion, esto es, de las circunstancias que prepararon y acompañaron su aparecimiento en medio de los demas seres, preciso es confesar paladinamente que se halla envuelta en las mas profundas tinieblas, y acaso no llegará á resolverse nunca. Unos fenómenos preocupan y atormentan nuestro espíritu mas que otros; pero no debemos desconocer que todos se hallan sujetos á unas mismas leyes, todos trabados de manera que las cosas, á nuestro parecer mas grandes, no tienen en la esencia mayor importancia que las que juzgamos mas pequeñas.

Se desconocen las circunstancias que acompañaron su aparecimiento.

Lo que sabemos es que hubo un tiempo en que la tierra carecia de vegetales y animales; que desaparecieron todos diferentes veces, siendo sustituidos por otros en la sucesion de las épocas geológicas, mediante una ley biológica que no alcanzamos á comprender, sin que tampoco hayamos observado ningun hecho concreto que nos pudiese poner en camino de llegar á su explicacion, y sin que sepamos que se ejerza ahora, como muy probablemente sucede, pero que estamos seguros se ejerció anteriormente; y á pesar de su inmensa complicacion siempre en medio de las mas admirables armonías. Menos podemos explicar el que sucesivamente se hayan ido presentando seres de una organizacion mas y mas complicada, realizándose en esto un plan cuyas evoluciones, algun tanto irregulares para nuestra comprension, no han podido y probablemente no podrán nunca descubrirse tampoco.

De cualquiera manera que sea, el Hombre con su aparecimiento en medio de la creacion, señala una nueva evolucion en ese plan maravilloso; porque poseerá facultades sin precedente en la naturaleza y de otro orden que los demas animales, y porque la tierra entera,

Nueva era que señala su presencia en medio de la creacion.

sometida á su dominio, variará de aspecto. Una de esas facultades será la de la *perfectibilidad*, con la cual realizará prodigios, acumulando así los tesoros de su actividad é inteligencia en la sucesion de las generaciones. Otro de sus caracteres diferenciales es que habiendo sido criado para vivir en los climas mas ardientes, á juzgar por su absoluta desnudez, pudo luego aclimatarse en todas las zonas y aplicar á la satisfaccion de sus necesidades y placeres la inmensa variedad de sus productos. Y ¡caso singular! el mayor desarrollo de su poder no tuvo lugar en las regiones donde debió de criarse y vivir al principio, sino en otras que entonces se hubieran creido inhabitables por el rigor del clima y la escasez de sus frutos espontáneos.

Y no es esto solo: ¿quién no diria, vista la conformacion de su sistema dentario, que habia nacido para ser exclusivamente frugívoro con mas razon que los cuadrumanos mismos antropóideos, armados de fuertes caninos, que en el Hombre apenas se distinguen de los incisivos? ¿No parece que esto anunciaba mas bien un ser destinado á vivir exclusivamente de frutos vegetales, á constituir un prototipo de mansedumbre, á pasar una vida apacible y serena en medio de una rica y frondosa vejetacion, á realizar en fin la edad de oro tal como se la imaginaron los poetas?

Acaso no fué otro, en efecto, el destino de nuestra especie durante el primer período de su existencia, de lo cual, sin mucha violencia, se pudiera deducir por otro camino que tuvo principio cuando la formacion del terreno terciario superior al menos, siendo cierto que ya en la edad del grande Oso de las cavernas, el Hombre no era solo frugívoro, como indudablemente lo manifiestan los huesos grandes de las extremidades que, de esta última especie y de otras, se hallan con frecuencia en las estaciones humanas primitivas, abiertos á lo largo para obtener uno de los manjares que mas apetecia, como los salvajes hacen tambien aun al presente para el mismo fin en varias regiones con los huesos análogos de otros mamíferos.

Su supremacía
entre los demas
seres.

¡Y cuán enorme distancia le separa de todos los demas seres, aun los mas perfectos! Comparado con las especies que le son mas afines, para un anatómico puro será bien pequeña, casi nula; pero fijando la consideracion en otro órden de hechos, para cuyo esclarecimiento de nada sirve el escalpelo ni aun el microscopio, el Hombre, si pudiera prescindirse de que es un animal, puesto que se nutre, crece, respira y se reproduce como los demas animales, casi mereceria constituir un reino aparte en el mundo orgánico; y esto, no solamente por el alcance inmensamente mayor de su inteligencia, sino tambien, y sobre todo, porque ningun otro se halla en posesion del lenguaje, ningun otro tiene nocion del bien y del mal moral, ni de la divinidad.

Por la excepcional conformacion de su cuerpo lleva siempre la cabeza erguida, mirando soberanamente al cielo. Mas allá de las estrellas, que contempla absorto, comprende que hay otras estrellas y otros cielos sin fin; y tal vez se apena de ver reducido su dominio á la tierra, que viene ya estrecha para sustentarle y sustentar ese otro mundo de inventos, de trasformaciones y especulaciones, que con su actividad siempre creciente va labrando. En la esfera de la inteligencia, solo la idea del infinito no cabe en su espíritu toda entera, como cabe en el espíritu de Dios. Y para decirlo todo, cree instintivamente que á una parte de su ser, despues de la muerte, le está reservada una existencia perdurable. «¿Este instinto sublime (preguntaré con un eminente naturalista) pudiera engañarle? Pero ¿qué instinto ha engañado nunca á ningun animal? Y ese poder del instinto siempre cierto en los demas animales, ¿cómo concebir fuese engañoso solo respecto del Hombre?» (*Graciolet.—De l'Homme et de sa place dans la creation.—Soir. scient. de la Sorb. 1864.*)